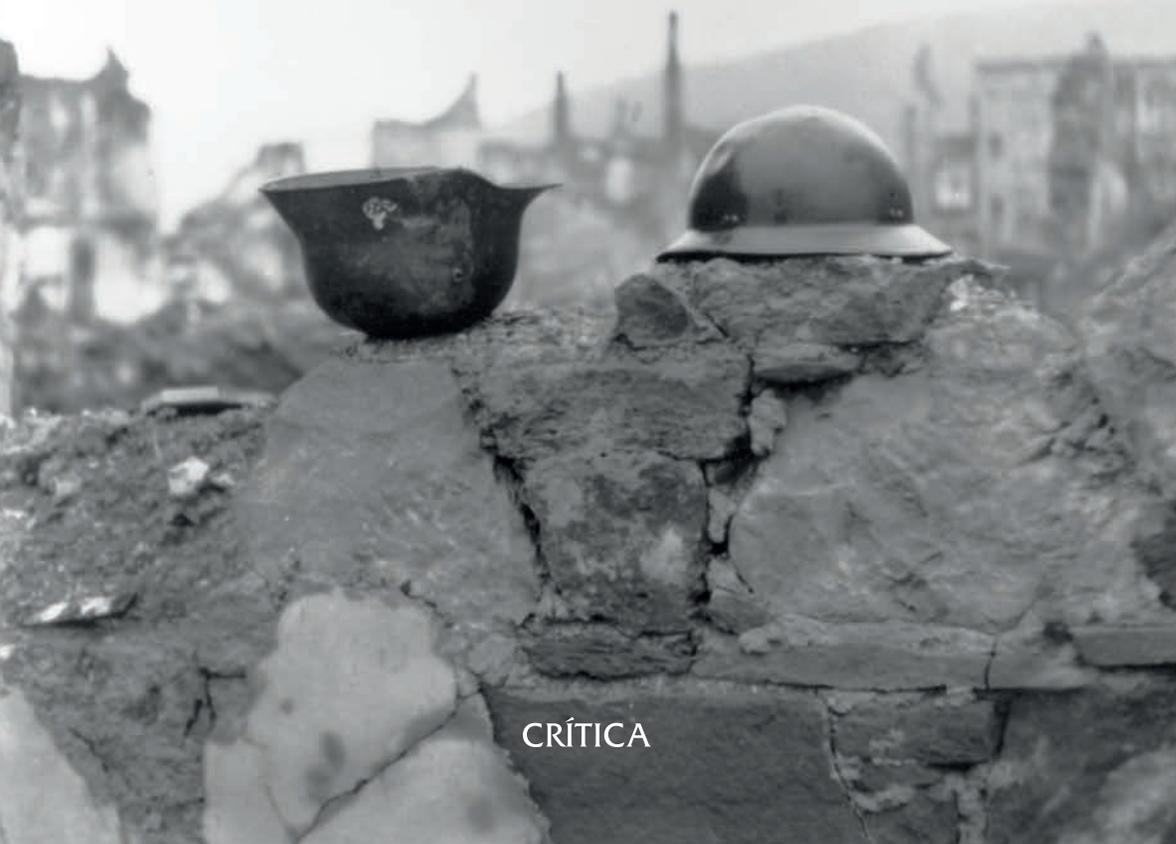


IAN KERSHAW

EL FINAL

ALEMANIA 1944-1945



CRÍTICA

IAN KERSHAW

EL FINAL

Alemania
1944-1945

Traducción castellana de
Yolanda Fontal Rueda

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2013
Primera edición en Editorial Crítica: septiembre de 2022

El final. Alemania 1944-1945
Ian Kershaw

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The End.Germany 1944-45*

© Ian Kershaw, 2011

© de la traducción, Yolanda Fontal Rueda, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-444-2
Depósito legal: B. 10.702-2022
2022. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf



CONMOCIÓN DEL SISTEMA

Hitler necesita una bomba debajo del culo para entrar en razón.

JOSEPH GOEBBELS, 23 de julio de 1944¹

I

Fue el principio del fin del Tercer Reich. A finales de julio de 1944, el desembarco aliado en Normandía del 6 de junio de 1944, el Día D, se había consolidado. Se estaban enviando tropas y armas en cantidades cada vez mayores al continente. Ya se preveía un ataque directo por tierra contra el propio Reich. En el frente oriental, el Ejército Rojo había iniciado poco más de quince días después del Día D una enorme ofensiva, la «Operación Bagration», había destruido las defensas del Grupo de Ejércitos Centro de la Wehrmacht (una inmensa formación de 48 divisiones, en cuatro ejércitos, que ocupaba estratégicamente una sección de más de 700 kilómetros del enorme frente), causando enormes pérdidas, y había avanzado más de 300 kilómetros. Al sur, Roma había caído en manos de los Aliados y las tropas alemanas libraban encarnizados combates en la retaguardia cerca de Florencia. Mientras tanto, cada vez eran más los pueblos y ciudades de Alemania que estaban expuestos a la implacable devastación desde el aire. El régimen de Hitler, al límite en cuanto a recursos y efectivos y muy inferior a las fuerzas combinadas del enemigo, lo que obligaba a la Wehrmacht a replegarse desde el este, el oeste y el sur, tenía los días contados.

Al menos, así era como lo veían los Aliados occidentales. Estaban seguros de que la guerra terminaría antes de Navidad.² Visto desde Alemania, era diferente. Allí, las actitudes con respecto a la situación de la guerra y las perspectivas de Alemania variaban ampliamente, ya fuera a nivel de las élites, entre los dirigentes civiles y militares del Reich, o entre la población del «frente interno» y los

millones de hombres en armas. El derrotismo, la aceptación de mala gana de que la guerra estaba perdida, el reconocimiento realista de la abrumadora fuerza del enemigo, el descenso de la fe en Hitler y el temor al futuro eran cada día más evidentes. Por otra parte, el apoyo al régimen, no solo por parte de los fanáticos nazis, seguía siendo muy amplio. Y muchos en las altas y bajas esferas seguían negándose a contemplar la perspectiva de la derrota. Su razonamiento era como sigue: todavía era posible repeler al enemigo, la infame coalición entre las democracias occidentales y la Unión Soviética comunista, si se revitalizaba el esfuerzo bélico; en caso de un serio revés, el enemigo podía dividirse; se estaban fabricando nuevas armas devastadoras que provocarían un cambio brusco en el curso de la guerra; y, en caso de sufrir reveses militares importantes, los Aliados se verían obligados a considerar un acuerdo que dejaría a Alemania algunas de sus conquistas territoriales y una paz con honor. Estas ideas distaban mucho de estar moribundas en el verano de 1944.

Sin embargo, el sentimiento que predominaba entre la mayor parte de la población a mediados de julio de 1944 era el de preocupación e inquietud crecientes. Aunque pudiera haber críticas cautelosamente formuladas contra los dirigentes del régimen (incluido el propio Hitler) y, en concreto, al partido nazi y sus representantes, la gran mayoría de los ciudadanos corrientes seguían siendo decididamente leales y respaldaban el esfuerzo bélico. El clima era de inquietud, no de rebeldía. No había el menor indicio de nada similar al creciente descontento que acabaría desembocando en una revolución abierta en 1918, pese a la fijación patológica de Hitler con el hundimiento del país ese año. Había planes de contingencia para hacer frente a una posible insurrección de los trabajadores extranjeros (cuya cifra ascendía en ese momento a más de 7 millones, incluidos los prisioneros de guerra). Pero no había una expectativa seria de que la población alemana iniciara una revolución.

Los informes regionales del SD (*Sicherheitsdienst*; Servicio de Seguridad) indicaban un estado de ánimo de creciente temor, con la moral a «cero», lo que provocaba una «profunda depresión» y equivalía a una «psicosis de ansiedad» y un «pánico creciente» ante el avance del Ejército Rojo en el este. Existía una profunda preocupación por el destino probable de Prusia Oriental. La población temía

I. Los frentes europeos, julio de 1944



● Moscú



Dark Grey	Territorio conquistado por los alemanes
Medium Grey	Territorio conquistado por los Aliados
White	Territorio neutral
Dashed Line	----- Fronteras, 1942

que, una vez que los rusos pisaran suelo alemán, nunca se les podría expulsar. Las mujeres, en particular, se sentían profundamente atemorizadas. «El frente oriental probablemente se hundirá pronto —indicaba un comentario del informe—. Si entran los bolcheviques, más vale que nos colguemos nosotros y nuestros hijos. El Führer debería firmar la paz con Inglaterra y Estados Unidos. Ya no se puede ganar la guerra». No era un sentimiento aislado.

Aunque eclipsadas por los acontecimientos en el este, las posturas sobre el frente occidental también eran pesimistas y se reconocía ampliamente la abrumadora superioridad del enemigo en cuanto a hombres y recursos. Aún se depositaban esperanzas en las «armas milagrosas» prometidas, aunque las exageradas expectativas anteriores acerca del impacto de los misiles V1 en los ataques aéreos sobre Londres habían dado paso a la decepción y el escepticismo sobre los reclamos de la propaganda. Y la incapacidad de la Luftwaffe para brindar protección frente a los «ataques de terror» que se estaban efectuando a plena luz del día era una fuente constante de ira, así como de una continua y creciente angustia. El hundimiento de la Wehrmacht en el este llevó a muchos a buscar explicaciones, y también chivos expiatorios. Los relatos de los soldados de permiso sobre la moral de las tropas, que expresaban su falta de fe en la victoria, y la incapacidad de los oficiales, acostumbrados a la comodidad material en sus posiciones de retaguardia, para proporcionar una defensa adecuada, también repercutían de forma negativa en el estado de ánimo. Y eran cada vez más las familias que recibían la temida visita del jefe local del partido para comunicarles que uno de sus seres queridos había caído en el frente. «¿Cuánto tiempo podemos aguantar aún?», era una pregunta que se formulaban a menudo.³

En el otro extremo del espectro en cuanto a opinión, entre la élite del régimen, no se expresaban estas ideas, se consideraran tácitamente o no. Los dirigentes nazis seguían prestando todo su apoyo a Hitler y mostrándole su lealtad, en gran medida porque su propio poder dependía únicamente de él. Pero había frustraciones, así como una continua rivalidad por conseguir una posición mejor que era endémica del Tercer Reich. Hermann Göring seguía siendo el sucesor designado por Hitler. Sin embargo, su popularidad previa se había desvanecido y, entre la élite nazi, su estrella había ido palide-

ciendo durante meses debido a los fracasos de la Luftwaffe. Hitler estallaba en reiterados ataques de ira debido a la incapacidad del comandante en jefe de la Luftwaffe para impedir la destrucción de las ciudades de Alemania. No obstante, y como era típico en él, no estaba dispuesto a destituir a Göring, consciente, como de costumbre, de la pérdida de prestigio que entrañaría y del regalo que supondría para la propaganda enemiga. También había perdido su prestigio anterior el que fuera influyente ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, cuyas predicciones e iniciativas habían resultado catastróficamente erróneas. Apenas se le convocaba ya, sobre todo desde que ya no había, de facto, ninguna política exterior que dirigir.

Mientras algunos paladines nazis perdían su prestigio, otros se beneficiaban de las adversidades. Martin Bormann, jefe de la cancillería del partido, pudo sacar más partido que nunca a su constante proximidad a Hitler, controlando el acceso a la presencia del dictador y ejerciendo de portavoz de su amo. Bormann, nacido en 1900, era un personaje sin pretensiones que vestía un uniforme del partido que le sentaba mal. Bajo, rechoncho, con el cuello ancho y el cabello fino con entradas, era odiado y temido en la misma medida por los dirigentes nazis, que conocían muy bien su crueldad, su capacidad para la intriga y sus oportunidades de influir en Hitler. Durante mucho tiempo había sido un hombre imprescindible para Hitler entre bastidores: había gestionado durante años sus asuntos financieros particulares y, a mediados de la década de 1930, había organizado la construcción del Berghof, el retiro palaciego del dictador en el Obersalzberg, cerca de Berchtesgaden. Su principal valor era que Hitler confiaba plenamente en él. Bormann había ido ascendiendo de forma casi inadvertida en la oficina central del partido en Múnich, donde, gracias a su incansable energía y su eficacia, junto con los «codazos» necesarios para abrirse paso, había llegado a controlar el aparato burocrático del partido. Sin embargo, no era un simple funcionario. Había militado en organizaciones antisemitas y paramilitares en la década de 1920, antes de llegar hasta Hitler, y había estado en la cárcel por participar en un asesinato político. Su fanatismo ideológico se mantendría intacto hasta el final.

En 1929 se casó con Gerda, que era la hija del jefe del tribunal

del partido (que arbitraba en asuntos de disciplina interna), Walter Buch, y también una nazi fanática. Tuvieron diez hijos (nueve sobrevivieron, todos menos uno se convirtieron al catolicismo y uno de ellos incluso se ordenó sacerdote pese, o debido, a la aversión radical de sus padres a la Iglesia). A juzgar por las cartas que se han conservado, parece que los Bormann se habían consagrado el uno al otro. Sin embargo, el matrimonio distaba mucho de ser convencional. En enero de 1944, Gerda acogió favorablemente la noticia de que Martin había logrado seducir a la actriz Manja Behrens, esperaba que esta le diera un hijo e incluso llegó a redactar una propuesta de ley para legalizar la bigamia.

Por entonces, Bormann era uno de los hombres más poderosos de Alemania. Inmediatamente después del vuelo de Rudolf Hess a Gran Bretaña en mayo de 1941, había sido elegido para dirigir el partido y, una vez que Hitler le nombró jefe de su cancillería, consolidó rápidamente su control sobre la burocracia. Su papel de factótum de confianza de Hitler acabó siendo reconocido oficialmente cuando en abril de 1943 le fue concedido el título de «secretario del Führer». Cuando la suerte de Alemania declinó, Bormann utilizó su control de la administración central del partido, con el respaldo del fanático Robert Ley, el jefe de organización del Reich (y jefe del Frente Alemán del Trabajo), para revitalizarlo y ampliar su alcance, apuntalando la segunda fuente de poder del régimen y convirtiéndose en un personaje de una importancia crucial.⁴

No obstante, el poder de Bormann tenía sus límites. No podía impedir que otros personajes importantes del régimen tuvieran acceso directo a Hitler y ejercieran su propia influencia en el dictador. Incluso en el seno de la organización del partido se enfrentaba a restricciones. No consiguió del todo extender su poder a los aproximadamente cuarenta jefes regionales del partido, los Gauleiter. Pese a que en teoría eran sus subordinados, algunos Gauleiter, «viejos combatientes» de confianza que habían demostrado su valía desde los primeros tiempos del partido, tenían en muchos casos un acceso directo a Hitler que limitaba el control de Bormann. Erich Koch, que dirigía su dominio de Prusia Oriental como si fuera su feudo personal, era uno de los Gauleiter que ejemplificaba las dificultades para imponer un control centralizado o, en realidad, cualquier tipo de control

en su región, incluso el de las autoridades de la Wehrmacht.⁵ Como muchos otros Gauleiter, Koch había sido nombrado comisario de defensa del Reich, lo que le confería amplios poderes para organizar la defensa civil y, por tanto, la posibilidad, que aprovechó de inmediato, de interferir en su provincia en asuntos que no tenían relación con el partido. A mediados de julio de 1944, Koch ya se estaba valiendo de su acceso directo a Hitler para bloquear una propuesta de Goebbels, el ministro de Propaganda y Gauleiter de Berlín, quien había negociado con las autoridades ferroviarias la evacuación de la amenazada Prusia Oriental de unos 170.000 berlineses que se habían refugiado allí de los bombardeos sobre la capital. Koch obtuvo el beneplácito de Hitler para limitar esta evacuación a 55.000 mujeres y niños de unos pocos barrios, los más amenazados por los ataques aéreos soviéticos. Fue la primera de una serie de intervenciones de Koch para impedir la evacuación de su región, lo que sembró la confusión en la administración y, algo más importante, tuvo consecuencias aciagas para los habitantes de Prusia Oriental.⁶

La inmensa acumulación de poder de Heinrich Himmler (jefe de las SS, la policía alemana, comisario del Reich para el fortalecimiento de la germanidad y ministro del Interior) le había otorgado el control de todo el complejo aparato represor del régimen en la Europa ocupada. El siniestro personaje que ejercía un poder tan inmenso tenía poco más de cuarenta años y era un individuo extraño y excéntrico, pero también un ideólogo fanático. Su aspecto físico era del montón: altura mediana, complexión delgada, rostro pálido que dominaba un bigote recortado, gafas sin montura, el mentón hundido y una variante extrema del corte de pelo rapado en la nuca y los costados. Trataba a los dirigentes de las SS con un paternalismo quisquilloso y les recomendaba las virtudes del «decoro» al tiempo que se encargaba del asesinato orquestado de millones de judíos mediante la «solución final». Himmler, el dirigente nazi más temido después de Hitler, había ampliado aún más su poder en el seno de la propia Alemania al sustituir a Wilhelm Frick como ministro de Interior del Reich en agosto de 1943. Este ascenso había vuelto innecesario su objetivo de crear un Ministerio de Seguridad del Reich para desligar a la policía del Ministerio del Interior y ponerla bajo su

autoridad.⁷ En julio de 1944, el ambicioso Reichsführer-SS avanzaba poco a poco hacia nuevas ampliaciones importantes de su imperio, esta vez en la esfera de la Wehrmacht. La rivalidad con la Wehrmacht siempre había contenido la expansión de las Waffen-SS de Himmler, su propia fuerza militar. Pero el 15 de julio, Hitler encargó a Himmler el adoctrinamiento en los ideales nazis de quince nuevas divisiones del ejército previstas y el control de la disciplina militar.⁸ Fue una importante incursión en el dominio de la Wehrmacht.⁹

Joseph Goebbels (ministro de Propaganda del Reich y jefe de organización de la propaganda del partido) y Albert Speer (ministro de Armamento y Producción Bélica del Reich) habían aprovechado las necesidades de la guerra para poner de relieve ante Hitler que eran indispensables. Las bajas sufridas en el frente habían reducido mucho la cantidad de soldados.¹⁰ La destrucción de los equipos exigía con urgencia una intensa campaña armamentística. Era necesario rastrear todas las fuentes posibles de mano de obra para que la pudiera reclutar la Wehrmacht, así como para la fabricación de armamento. Sobre todo, eran vitales nuevas iniciativas propagandísticas para movilizar a la población y obligarla a reconocer la necesidad de una abnegación extrema en aras de la guerra. No obstante, las frustraciones con el liderazgo de Hitler, dentro de un marco de lealtad incuestionable, eran evidentes. Se centraban en la reticencia de Hitler a cumplir las exigencias de la «guerra total», lo que significaba medidas mucho más drásticas para maximizar el reclutamiento de la Wehrmacht y la producción de guerra.

Goebbels, un hombre pequeño, casi en la cincuentena, con una cojera pronunciada en el pie derecho (una deformidad de la que estaba muy acomplexado), era uno de los dirigentes nazis más inteligentes, poseía un ingenio cruel, era implacable y dinámico, un buen organizador y un fervoroso acólito de Hitler que con su dominio de la propaganda conseguía combinar un cinismo absoluto con un fanatismo ideológico extremo y brutal. Había estado presionando para pasar a la «guerra total» (para aprovechar al máximo todos los recursos concebibles de mano de obra hasta entonces no utilizada y reducir drásticamente cualquier actividad que no fuera esencial para la economía de guerra) desde febrero de 1943, inmediatamente después de la desastrosa derrota de Stalingrado. En aquel momento

Speer se había unido a él para instar a una reorganización y revitalización del esfuerzo bélico dentro del país. Goebbels aspiraba, sobre todo, a hacerse cargo de la dirección del frente interno y dejar que Hitler se centrara en los asuntos militares. Pero Hitler había autorizado poco más que medidas simbólicas y la guerra total había sido, básicamente, un eslogan propagandístico. En una larga reunión privada que mantuvo con Hitler el 21 de junio de 1944, justo antes del avance soviético en el frente oriental, aunque el exitoso desembarco aliado en el norte de Francia ya constituía claramente una importante amenaza, Goebbels presionó otra vez con vehemencia a favor de la guerra total y una drástica revisión de la estructura de mando política y militar. Una vez más, Hitler puso reparos. Dijo que, por el momento, quería seguir «la vía de la evolución, no de la revolución».¹¹

La disminución de los recursos de mano de obra como consecuencia de las incursiones enemigas desde el oeste y el este había impulsado a Albert Speer en julio a aunar esfuerzos temporalmente con Goebbels para intentar convencer a Hitler de que adoptara las medidas de la guerra total destinadas a extraer las últimas reservas de hombres. Speer, que solo tenía 39 años, era un hombre bien parecido, culto y sumamente inteligente, un espléndido gestor y organizador, y desde un principio había sido enormemente ambicioso y se había consolidado rápidamente en la década de 1930 como un «favorito de la corte», aprovechando la pasión de Hitler por los fastuosos proyectos de construcción. Antes de cumplir los treinta, Hitler ya le había encargado diseñar el estadio para las concentraciones del partido en Núremberg. En 1937 se le encomendó convertir Berlín en una capital digna de una raza superior. En el último año de paz entregó, a tiempo y a una velocidad vertiginosa, la imponente nueva cancillería del Reich de Hitler. Hitler veía en Speer al genial arquitecto que él había querido ser. Speer, por su parte, veneraba a Hitler y estaba embriagado por el poder que reportaba el favor del dictador.

Cuando Fritz Todt, que estaba a cargo de la producción de armas y munición, murió misteriosamente en un accidente aéreo en febrero de 1942, Hitler nombró, de forma un tanto sorprendente, a Speer nuevo ministro de Armamento, dotado de amplios poderes. Desde entonces, Speer había planificado un asombroso aumento de

la producción de armamento. Pero sabía que se había llegado al límite. No podía competir con la superioridad de los Aliados.¹² En un informe que redactó para Hitler el 12 de julio, Speer daba a entender que aceptaba la idea del dictador de que la crisis del momento se podía superar en unos cuatro meses gracias a las armas nuevas, sobre todo el misil A4 (que pronto pasaría a llamarse V2). Y estaba de acuerdo en que, pese a todas las dificultades, había potencialmente disponibles nuevos reclutas en diferentes sectores de la economía, incluido el del armamento, para reabastecer la Wehrmacht. Al mismo tiempo, Speer sostenía que había que hacer todo lo posible para reforzar la mano de obra en la industria armamentística y que no bastaba con incorporar más trabajadores extranjeros de todo el imperio nazi. Era esencial plantear la exigencia de la guerra total a la población. Afirmaba que los ciudadanos estaban dispuestos a hacer los sacrificios necesarios en su vida diaria, una idea que los informes de opinión internos del SD parecían respaldar.¹³ Sugería que se podía incorporar a un gran número de mujeres al trabajo y que una mejor organización permitiría contar con nuevas fuentes de mano de obra. Recomendaba medidas contundentes para «revolucionar» las condiciones de vida. Creía que el anuncio de la movilización de las últimas reservas suscitaría un entusiasmo que no se había experimentado desde las guerras de liberación contra Napoleón a principios del siglo XIX.¹⁴

Hitler indicó finalmente que admitía que era necesario actuar. Hans-Heinrich Lammers, el jefe algo anodino de la cancillería del Reich, avisó el 17 de julio de que Hitler quería celebrar cuatro días más tarde una reunión con los representantes de los ministerios más directamente afectados sobre «un nuevo despliegue reforzado de hombres y mujeres para la defensa del Reich».¹⁵

Tras remover cielo y tierra presionando a favor de las medidas de la guerra total, Goebbels pone manos a la obra el 18 de julio, siguiendo el ejemplo de Speer, en una maniobra claramente coordinada con el ministro de Armamento y presionando en la misma dirección.¹⁶ En su informe para Hitler, Goebbels exhortaba a que se confirieran amplios poderes a un solo hombre (él, por supuesto), que trabajaría con los Gauleiter a escala regional para impulsar la acción. Afirmaba que, con las rigurosas medidas que tenía en mente,

podía organizar cincuenta divisiones nuevas para la Wehrmacht en menos de cuatro meses.¹⁷

Speer añadió un segundo informe, solo una semana más tarde, en el que aportaba cifras sobre la mano de obra en el sector del armamento, la administración y las empresas, señalaba los errores de organización que habían permitido una acumulación a gran escala de mano de obra improductiva e indicaba posibles fuentes de reclutamiento para reforzar la Wehrmacht. Calculaba (aunque las cifras fueron vehementemente cuestionadas por quienes tendrían que aportar la mano de obra) que se podrían encontrar hasta 4,3 millones más de hombres para la Wehrmacht mediante una campaña eficaz. Aunque existía la necesidad de proteger la mano de obra cualificada en el sector del armamento, una petición interesada, insistía en que se podía resolver el problema de la falta de soldados para cubrir las necesidades del frente, pero solo si la responsabilidad le era encomendada a una «personalidad», dotada de poderes plenipotenciarios y dispuesta a trabajar con energía y dinamismo para superar los intereses creados y coordinar los cambios organizativos necesarios en la Wehrmacht y la burocracia del Reich a fin de contar con una rigurosa explotación de los recursos humanos disponibles.¹⁸

Speer estaba formulando una petición, apenas velada, de que se le entregara el control de la coordinación del armamento y el personal en todas las secciones de la Wehrmacht para añadirlo a sus poderes sobre la producción de armas. De haber satisfecho esta ambición, Speer se habría convertido, gracias a su imperio armamentístico, en el jefe supremo de la campaña de guerra total.¹⁹ Es imposible saber qué repercusión podría haber tenido este informe en Hitler y en la reunión prevista para el 21 de julio para hablar de la guerra total en aquella coyuntura concreta, ya que no tuvo tiempo de presentar este segundo informe a Hitler antes de que los acontecimientos del mismo día en que se había redactado, el 20 de julio de 1944, acapararan la atención del diáctador.²⁰